

Más minificciones

Candé

Llegaba sigiloso, como un buitre de la noche, embutido en su traje negro, con su característico sombrero hongo. En su mirada anida una especie de amarga felicidad. Pendulando en su antebrazo izquierdo, sin importar que flanqueara el mejor clima, un largo paragua de flores. Nadie quería verlo cerca; “es un ave de mal agüero”, decían. De todos modos, allí estaba, invitado o no, puntual como la muerte.

—Recuerde que estamos a su orden —decía a la desconsolada mujer, mientras le extendía su tarjeta, impresa en caracteres blancos sobre fondo negro—.

Al mirarla, la mujer observa los ojos casi vacíos de su esposo e irrumpe en llanto. Sabe que el hombrecito de negro, el de sombrero hongo, no en vano hace una visita. Poco después de presentarse, es a él y su cinta métrica a quien hay que llamar.

Pedro de Jesús Paulino

Licenciado en Letras, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD); Posgrado en Lengua y Literatura, en la UASD; Maestría en Literatura Hispanoamericana; Maestría en Lingüística Aplicada a la Enseñanza de la Lengua, de la Escuela de Letras de la UASD. Especialista en la Enseñanza de la Lengua Española: Lengua Materna/ Lengua Extranjera, en la Universidad de Alcalá de Henares, España; Diplomado en Lengua Francesa, mención *Tres Bien*, en la Alliance Française de Saint Domingue. Ha participado en cursos de posgrado, talleres, conferencias y seminarios; en el país y en el extranjero.

Desde hace veintisiete años se desempeña como profesor de la Escuela de Letras de la UASD, y desde 2001 en el Departamento de Español de la Universidad APEC (Unapec). Por dos años consecutivos fue premiado con Mención de Honor en el Concurso Nacional de Microficción, del Ministerio de Cultura. Ha publicado artículos, relatos y microficciones en varios medios de circulación nacional. Es autor de la obra *El frío instante de la muerte*, Editora Búho, 2017; y tiene en imprenta los libros “El ritual de la Arana” (cuentos) y “Letreros de baño” (microficciones).

El hombre invisible

—¿De qué manera puede usted demostrar la veracidad de la existencia del hombre invisible?

—Fácil señor juez. He aquí una prueba que no deja lugar a duda alguna —afirmó el hombre, mientras le extendía una lámina de fotografía completamente en blanco—.

El regalo

—Papá, no me gusta este feo regalo —gritó con furia al arrojar el horrible muñeco sobre el sofá de la sala. Al entrar en su cuarto y buscar el interruptor en la oscuridad, su mano chocó con algo frío, como una hoja de metal.

—Tampoco a mí me gustan los niños —fue lo último que atinó a escuchar entre las sombras—.

Heráclito

Temprano en su vida, comprendió que era imposible bañarse dos veces en las mismas aguas de un río. Pero le fue imposible entender, hasta muy tarde, que con un psicópata solo una vez se juega al ahogado.

Espantapájaros

El espantapájaros, temeroso de los cuervos, huyó del maizal.

La cosa en el armario

Siempre que me acomodo a escribir en mi habitación, tengo la certeza de que algo horrible, con largas uñas podridas, me vigila desde la profundidad del armario. Hace poco encontré la manera de librarme de esa siniestra sensación: transferir mis demonios a quien se siente a leer estos relatos.

Marco Bruto

En la plaza choqué con la fría mirada del busto de César; tuve miedo: sentí que me reconocía.

Navaja de Ockham

Desde que era muy chico, mi padre me enseñó a vivir bajo el principio de la Navaja de Ockham: “Si escuchas cascos sobre el adoquinado, piensa en caballos, no en unicornios”. Solo que esta vez no eran llamaradas de una fuga de gas; finalmente habían llegado los dragones.

Nóbel (otra versión)

Pudo haber sido un gran inventor y construir para sí un nombre imperecedero; pero la terrible explosión en su laboratorio borró de la historia todo vestigio de su corta existencia.

Pez dragón

Cuentan que cuando hay luna llena, el pez dragón emerge de sus profundidades abisales, sonríe y echa a volar. Por las noches, dicen, se le ve aparearse con las mariposas.

Isaac Newton

De no haber muerto aquella mañana, golpeado por una manzana en caída libre, habría formulado las leyes de la gravedad.

El violinista

Desde tiempos remotos, en lo más profundo de nuestra cultura está arraigada la percepción de lo humano como atadura de lo sobrenatural. Eso ha determinado que nuestra existencia esté gobernada por dualidades, sobre todo la del bien y el mal, encarnada, en la mayoría de las religiones, por dos entidades antagónicas: Dios y el Diablo. Según esta tradición, de tiempo en tiempo Lucifer, procurando arrebatarse

al Todopoderoso una de sus preciadas criaturas, hace creer al hombre que lo ha dotado de cualidades especiales. Es así como cada época aparece un ser excepcional, un virtuoso que descuella con la luz de un astro en el mundo del arte o de las ciencias. Particularmente, no ha sido extraña la frecuentación entre los demonios y los artistas. El violinista era uno de esos casos. Escucharlo tocar encantaba el alma. No había mortal que no sucumbiera a su hechizo. Ese talento inusual, mostrado desde niño, hizo que la gente lo viera como un discípulo del padre de las tinieblas. Nadie sospechaba, sin embargo, que era el violín el virtuoso, no el hombre. Éste era solo su instrumento. Lo eligió aquella tarde, desde su oscuro rincón en la tienda de antigüedades. A través de los siglos, interminablemente soñaba el violín, en su descabalado estuche de cuero, con las manos que le devolvieran la vida. Hoy, en perpetua agonía, mientras camina por el valle de las sombras, solo anhela, el violinista, ser condenado al averno, donde puedan sus dedos acariciar una vez más la fina madera de su siniestro Stradivarius.

